

| por Jorge Dondi

Aguer, Héctor (2017). *La educación, en clave católica*. La Plata: Universidad Católica de La Plata.

El autor de esta obra, actual Arzobispo de La Plata y de buena pluma, nos ofrece una serie orgánica de reflexiones, meditaciones y propuestas en torno a la naturaleza y misión de la escuela católica, institución que se ordena a suscitar un humanismo en el que se armonizan las verdades de la fe cristiana con las de la razón humana. El Dr. Pedro Luis Barcia, en la “Presentación” del libro, atestigua que este nos ubica frente a un conjunto de “temas recurrentes, que afloran y se soterran y vuelven a saltarnos en el trayecto más adelante, situados en otra perspectiva y contexto”. Y destaca: “son temas axiales que transan casi todos los asuntos que abordan”. Tales como: la identidad de la escuela católica, el ideal y las propuestas de la educación católica, las relaciones entre la fe y la vida, la evangelización de la cultura y la ascendencia del nuevo humanismo.

Reúne y reedita monseñor Aguer, en una sumaria travesía, sus pensamientos sobre la naturaleza y misión de la escuela católica, institución que considera urgente habilitar en nuestro tiempo para favorecer la identidad y perfección moral de la persona, sea en su realización individual, sea en su existencia como ciudadano. La persona cumplida no es el producto o agregado de disciplinas y utilidades, sino el resultado de un proceso orgánico que se armoniza desde el interior de la criatura que, viviendo en comunidad, progresa en la verdad, el bien y el amor. La educación de “inspiración cristiana” insiste en la formación en la justicia, como empeño por el bien común, y en la solidaridad o *humanidad*, que propende a originar un ambiente educativo como “lugar de apertura al otro y a lo trascendente”. Citando a Benedicto XVI, caracteriza dicho ambiente como un “lugar de diálogo, de cohesión y

de escucha, en el que el joven se sienta valorado de sus propias potencialidades y riqueza interior, y aprenda a apreciar a los hermanos. Que enseñe a gustar la alegría que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna”.

Recuerda el autor, con gratitud y cariño, la calidad y exigencia de sus docentes en las escuelas primaria y secundaria de gestión estatal. Tristemente reconoce que, más tarde, en especial a fines de los sesenta, la escuela pública estatal comenzó a manifestar una caída pronunciada, que se aceleró a partir del año 2000. Las pruebas le dan la certeza de que su percepción no responde a un lamento nostálgico de los tiempos idos, sino a la situación de un gran número de instituciones educativas actuales que no ofrecen una educación que forme integralmente a la persona y suscite el lugar en que la pequeña comunidad escolar puede crecer en humanidad y solidaridad, para luego unirse de forma digna a otros grupos en la Nación. Es por ello por lo que la Arquidiócesis de La Plata, respondiendo a las exigencias de la misión evangelizadora de la Iglesia y a la necesidad de las familias, ofrece, en la medida de lo posible, “un camino de formación cristiana en el que se cumple lo mejor de la *humanitas*”.

La escuela católica, sostiene el prelado siguiendo la tradición pedagógica de la Iglesia, se dirige a “la plasmación de la personalidad, es decir, su formación; la educación del hombre según la verdadera *forma* humana, según su auténtico ser”. El proceso educativo que la habita halla su centro en la relación maestro-discípulo, y halla su horizonte en una cultura determinada. Los conceptos de *escuela* y *cultura* se interpretan de acuerdo con el documento conclusivo de la Conferencia de Aparecida, donde se afirma que la escuela “está llamada a transformarse, ante todo, en el lugar privilegiado de formación y promoción integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura, cosa que se logra mediante un encuentro vivo y vital con el patrimonio cultural” (329). Dentro de lo tradicional y cultural, resalta monseñor Aguer el papel de “*lo clásico* nuestro, en cuanto modelo digno de imitación, susceptible de una actualización continua”. Lo clásico se debe entender en relación con una “tradición viva, no repetición de lo idéntico, sino recreación de lo perennemente válido que se torna nuevo en cada generación”. En una posterior referencia al documento de Aparecida, destaca que

el encuentro entre la escuela y el patrimonio cultural se realiza “en forma de elaboración, es decir, confrontando e insertando los valores perennes en el contexto actual. En realidad, la cultura, para ser educativa, debe insertarse en los problemas del tiempo en que se desarrolla la vida del joven” (329).

Por lo que se refiere a la educación católica, distingue el autor, apelando a San Agustín, dos modos o caminos complementarios: el de la erudición y el de la vida (*via eruditionis* y *via vitae*). Por “camino de la erudición” se entiende la instrucción que proporciona un conocimiento del hombre, del mundo y de Dios. Por “el de la vida” se alude a “la dimensión práctica de la existencia, la vida activa [...], el compromiso moral y la práctica de las virtudes”. A esta distinción, el autor acerca otra, entre la enseñanza religiosa escolar y la catequesis. Define que “lo que confiere a la enseñanza religiosa escolar su característica propia es el hecho de estar llamada a penetrar en el ámbito de la cultura y de relacionarse con los demás saberes”. Mientras que “el fin definitivo de la catequesis –Enseñaba Juan Pablo II– es poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo” (*Catechesi tradendae*, 5). La escuela católica se propone “transmitir y hacer practicar” los dos caminos para alcanzar una doble síntesis: entre “fe y cultura”, y entre “fe y vida”. En el humanismo cristiano, se dice *sabio* el hombre que alcanza aquella doble síntesis y dispone de buen juicio, pericia en el obrar y gusto en lo bueno.

El proceso educativo en la escuela católica se ofrece como un servicio a las familias y a la sociedad. Cuando la vinculación entre escuela y familia es normal, y la familia comparte los valores de la escuela católica, el educando vive una “valiosa continuidad” entre la educación de doméstica y escolar. Cuando no es así, y sucede con frecuencia, la escuela católica deberá actuar “con paciencia incansable y con afán de enseñar” (2 Tim 4: 2). De este modo, se extiende a la familia la misión formativa y evangelizadora de la escuela católica.

El sensato contacto con la realidad le ha permitido al autor percibir, sufrir y denunciar “poderosos factores de deseducación” que actúan en la sociedad argentina. Pero, sostiene, las dificultades no aparecen para ser vencidos por ellas, sino para superarlas “mediante una labor educativa coherente y mancomunada”. El resultado será

un cambio favorable de la sociedad. En una primera etapa, se espera que la escuela católica, al menos, sea un centro de humanización. Si se logra formar al educando como una buena persona, se pone la base para que llegue a ser un buen católico. Si llega a formarse como un buen católico, habitualmente será también una buena persona.

Es un tema básico y de especial interés para el autor definir la identidad propia de la educación católica: lo que la determina y constituye. En primer lugar, la escuela católica se identifica como escuela: lugar en que “se instruye en los saberes elementales” y “se efectúa la transmisión crítica de la cultura”. La transmisión cultural implica no solo instruir, sino a la vez educar y, en especial, “ayudar a cultivar el arte de vivir en el mundo junto con los otros”. El aspecto crítico reclama la adquisición del discernimiento y el juicio fundado sobre la verdad, la bondad y belleza de las cosas. En segundo lugar, la escuela católica se identifica como católica. “La finalidad de la escuela católica —y fin es la esencia, la identidad— es la evangelización, es decir la transmisión de la fe y de la visión cristiana del mundo”. La catolicidad implica la enseñanza religiosa escolar y la catequesis, pero no se agota aquí. Implica la realización de la síntesis entre la fe y la vida, realizada de hecho en una matriz cultural. Se torna por tanto inseparable de la síntesis entre la fe y la cultura: “entre el conocimiento de la revelación de Dios en Cristo, tal como nos la propone la Iglesia, y todos los saberes humanos”.

La educación católica comporta, ciertamente, la identidad católica de la escuela como comunidad educativa y la identidad católica de todos los miembros de la comunidad implicados en la común misión de educar. Por lo demás, la comunidad educativa se encuentra con los grupos familiares y especialmente, con los padres. La relación con ellos oscila entre los extremos del desentendimiento y la intromisión excesiva. Para poner en ejercicio la corresponsabilidad, será menester “la cercanía afectuosa y mucha paciencia”. Aun cuando los padres no aprecian el papel de la familia, “la escuela sí debe considerarla como un factor fundamental”.

En los diversos escritos del prelado, que quiere participar su reflexión a otros y, en cierto modo, advertirles, hallará el lector claras fundamentaciones y conexiones ejemplares con la realidad o casuísticas breves, producto de una visión atenta de la realidad, especial-

mente atenta a las teorías o conductas que no se muestran compatibles con las verdades y rasgos esenciales de un estilo de vida católico. Puede, al respecto, leerse con recompensa el capítulo “Certezas y amores, más allá de las fronteras”, en el que aborda la situación en que viven los adolescentes de hoy, bajo la propuesta de la denominada *cultura joven*. Se analizan las fronteras en las cuestiones de la verdad, de la ética, del amor, de las ideologías y de los *lugares* en que se despliega aquella cultura.

La sabiduría cultivada y la experiencia adquirida en los años en que el Arzobispo de La Plata se desempeñó como Presidente de la Comisión de Educación de la Conferencia Episcopal Argentina se ve reflejada en las “Propuestas y riesgos de la educación católica, después del Bicentenario patrio” que constituye el octavo capítulo del libro. Describe brevemente la organización actual del “subsistema educativo eclesial”, que invita a “perfeccionar y fortalecer” con espíritu de “concordia y colaboración” en su aspecto formal-institucional y en “la articulación de las instancias reales que lo constituyen”. Propone reivindicar la libertad humana e institucional frente a la “peligrosa inclinación totalitaria” y monopólica que, en contra del principio de subsidiariedad, suele inspirar las administraciones políticas educativas argentinas, y las lleva a invadir responsabilidades que corresponden prioritariamente a las familias o instituciones intermedias. Nos muestra el autor que este es un viejo mal argentino citando un discurso de José Manuel Estrada de 1871: “El mal de la República Argentina [...] está] en la falta de organización social, que sin aumentar las fuerzas individuales por su aglomeración libre y orgánica, sin crear centros competentes de acción y resistencia, pone toda la actividad en manos de la autoridad política, de la cual los pueblos esperan en vano los bienes que se prometieron al resignarse a su omnipotencia”.

Un último tema del autor que no podemos dejar de destacar es el de la presencia del pensamiento dominante del constructivismo, favorecido tanto en los ambientes académicos como políticos relacionados con la educación, y que se refleja en documentos preceptivos y en lineamientos curriculares. Dice el autor:

El objeto del conocimiento, según esta teoría [el constructivismo], no es ya el ser, la realidad, que posee una inteligibilidad intrínseca y

que por lo tanto puede revelarse a la inteligencia y ser captada por ella, sino el resultado de un proceso de construcción, de elaboración por parte del sujeto, que crea estructuras de representación, modelos variados de la realidad enfocada desde puntos de vista que pueden ser infinitos y considerados igualmente válidos. Si la inteligencia humana no alcanza la realidad tal cual es en sí, no existe la verdad, sino interpretaciones provisionarias y en pugna; tampoco valores objetivos y universales fundados en el ser y en la naturaleza humana. Más aún, no existe una naturaleza de la persona y de sus actos. Al relativismo gnoseológico sigue el relativismo ético. Además, se postula que el pensamiento es pensamiento de dominio; la verdad y el saber son estrategias de poder; de allí puede derivarse una politización totalizante de la problemática educativa.

Nada impide terminar esta noticia (que tiene algo de parecido con una recensión) apropiándonos de los versos de Ezequiel Martínez Estrada, que nos recuerda Pedro Luis Barcia al final de la “Presentación” del libro: “Lo que se ha elaborado poco a poco / No quieras tu bebértelo de un trago. / Bebedor, o lector o caminante / Despacio, despacio, despacio”.